

que, en ocasiones, la novedad de la metodología o lo impactante de los resultados técnicos ha eclipsado e, incluso, ha llevado a olvidar al sujeto principal de estudio: el ser humano. Por lo tanto, esta publicación recoge todas estas preocupaciones, persiguiendo solventarlas, lo que consigue en todos sus capítulos, haciendo gala de un alto compromiso científico y logrando la ardua tarea de «repensar el pasado».

Bibliografía

Cowley, D. C., Fernández-Götz, M. A., Romankiewicz, T. y Wendling, H. (2019): *Rural Settlement. Relating Buildings, Landscape, and people in the European Iron Age*. Sidestone Press. Leiden.

Kristiansen, K. (2014): "Towards a New Paradigm? The Third Science Revolution and its Possible Consequences in Archaeology". *Current Swedish Archaeology*, 22 (1): 11-34. <<https://doi.org/10.37718/CSA.2014.01>>.

Romankiewicz, T., Fernández-Götz, M., Lock, G. y Büchsenschütz, O. (eds.) (2019): *Enclosing Space, Opening New Ground: Iron Age Studies from Scotland to Mainland Europe*. Oxbow Books. Oxford and Philadelphia.

PABLO SÁNCHEZ DE ORO
Departamento de Prehistoria y Arqueología
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Autónoma de Madrid
pablo.sanchezdeoro@uam.es

Girando sobre si mismo... la visión igualitarista de la Cultura Castreña del noroeste

Álvarez González, Y. (2021): *Espacios y Paisajes Castreños en la Cuenca Media del Miño. Desde sus orígenes hasta la dominación romana*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XXXVII. Madrid. ISBN 978-84-00-109118-9.

La prestigiosa serie Bibliotheca Praehistorica Hispana, del CSIC, ha publicado un nuevo trabajo con la calidad de edición que acostumbra en esta nueva etapa: excelente presentación, máximo aprovechamiento del espacio y magnífico aparato gráfico, a todo color cuando es necesario o aconsejable. Se trata de una monografía de 423 páginas con un apéndice cartográfico final, al modo de otros volúmenes anteriores como el debido a Brais Currás Refojo (2019). Estos apéndices sirven para actualizar las ya obsoletas, pero magníficas hojas de la TIR, también editadas por el CSIC y de las que, precisamente, la del noroeste peninsular era la que ofrecía cierta carestía informativa.

Su autora, Yolanda Álvarez González, es una reconocida arqueóloga de amplia y dilatada trayectoria profesional, especialmente desarrollada en ámbitos de la Arqueología de Gestión y en el cuadrante noroccidental, de donde es originaria. Formada

inicialmente en el grupo creado por el profesor Fernández Miranda a lo largo de los años ochenta del siglo pasado, Yolanda Álvarez se ha mantenido en estrecho contacto con este equipo, radicado en el CSIC fundamentalmente y uno de cuyos trabajos más conocidos son los desarrollados en Las Médulas y sus entornos (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1998; Sastre 2002; Oreja 1996...). Esa relación, y la utilización de enfoques epistemológicos compartidos, se manifiesta con claridad a lo largo de esta monografía que fue, además, asesorada por uno de sus miembros más destacados, en mi opinión, la doctora Almudena Orejas. La autora debe la información utilizada a las intervenciones de la empresa Terra Arqueos, que dirige junto con Luis Francisco López. De la calidad de sus intervenciones no solo da testimonio esta monografía, sino que la pude comprobar yo mismo por haber sido el equipo actuante previo a las excavaciones que realizamos en el tristemente recordado castro de Llagú, o Cellagú, cercano a Oviedo (Berrocal-Rangel *et alii*, 2002).

Desde esa época, a finales del siglo pasado, hasta 2016, con más intervalos de inactividad de lo que la autora hubiese deseado, los arqueólogos citados excavaron una serie de yacimientos gallegos que aportaron

la base documental con la que se redactó este libro: los castros de Laias, O Montño de Ourantes y San Cibrán de Lás, todos ellos en la comarca del Barbantiño, cercanías de Ourense. La información provista por las excavaciones de estos tres yacimientos permite a la autora pergeñar y defender una visión muy precisa de la evolución del poblamiento castreño en esta comarca del Mediodía gallego.

En su introducción, Yolanda Álvarez destaca que un importante mérito de este trabajo consiste en presentar los materiales y las estratigrafías de estos yacimientos, un ejercicio totalmente necesario para elevar cualquier interpretación histórica posterior pero que, por desgracia, es cada vez más escaso en la bibliografía arqueológica peninsular. En este planteamiento no puedo más que mostrar mi simpatía más absoluta, como mi propio currículo pone en evidencia. Otra cosa es el grado de consecución y eficacia de su aplicación, que no siempre es el más deseado.

Así el capítulo I se dedica a sentar las bases metodológicas, los objetivos y el marco geográfico y cronológico del trabajo realizado: las edades del Bronce Final e Hierro, y el primer año del Imperio romano en el sur de Galicia, y comarcas aledañas. Tras una breve revisión de la amplia bibliografía producida sobre el tema, especialmente la más reciente como la recogida en el volumen *Alternative Iron Ages* (Currás y Sastre, eds., 2019) o la propia tesis de Currás (2019), el trabajo se centra en la citada comarca del Barbantiño, y sus conclusiones se hacen extensivas a la Cuenca Media del Miño, donde se localiza la primera, a medio camino entre el litoral gallego y las montañas del interior. El capítulo recoge alguna carencia gráfica, a subsanar con facilidad en posteriores ediciones, como la reproducción en blanco y negro de la figura 1.1 que solo permite ver, con cierta dificultad, el punto utilizado para emplazar San Cibrán de Lás (como se alude en el pie de figura al «punto rojo», suponemos que ha debido ser consecuencia de un fallo de imprenta). Tampoco las figuras siguientes, 1.2 y 1.3, son de fácil lectura, siendo algunos textos en leyenda imposibles, a menos que se disponga de una lupa. Estas carencias contrastan con el excelente aparato gráfico que se despliega en toda la obra en general.

La metodología opta por los enfoques heredados de la Arqueología del Paisaje, combinando los estudios estratigráficos con análisis territoriales y herramientas de teledetección, SIG's, etc. dando siempre prioridad a los datos de las excavaciones en área y a las prospecciones en torno a los tres yacimientos excavados, a partir del *Inventario Arqueológico de Galicia* y con el uso de ortofotografías aéreas, imágenes LiDAR y análisis arqueométricos. El interés por clarificar el confuso panorama cronológico de la Cultura Castreña de la Edad del Hierro ha intentado paliar las deficiencias que lo caracterizan, como el acentuado conservadurismo de su registro material, los problemas de las dataciones radiocarbónicas de este período, la escasa presencia de materiales importados antes de la llegada de Roma a estas latitudes y eso que definí hace años como el «abuso del revuelto», un problema inherente a las ocupaciones castreñas, que se renuevan periódicamente reciclando los materiales de la fase anterior, produciendo estratigrafías de difícil definición. Y por último, la dificultad para identificar los restos de las ocupaciones castreñas prerromanas que son amortizadas o distorsionadas por las posteriores, especialmente por el carácter conservador de sus materiales. Todo ello se busca paliar con un uso combinado de lecturas estratigráficas y muestras de Carbono 14 a fin de obtener conclusiones objetivas e independientes.

El registro de los yacimientos sigue estrechamente los parámetros propuestos por Brais Currás en 2019, con sus ventajas y sus debilidades, como comentamos en una reseña anterior (*CuPAUAM* 47.2, 2021). En esta ocasión se ha corregido la dificultad que la identificación de los yacimientos en los mapas, mediante las siglas CMM-seguida de un número, precediendo con una detallada relación de estos al atlas de yacimientos.

Los capítulos II, III y IV se dedican a presentar y estudiar los registros arqueológicos de las excavaciones abiertas en los tres yacimientos citados. Cabe anotar el contraste que hay entre la dedicación al segundo de ellos, el Montño de Ourantes, con poco menos de veinte páginas, con las más de cien que se dedican a los otros dos. Lógicamente esta disarmonía está en consonancia con las envergaduras de los trabajos de excavación realizados.

El castro de Laias se analiza en el primero de estos capítulos, con la información de una excavación de urgencia acometida en 1997, con motivo de la construcción de la autovía Rías Baixas que afectó gran parte de su superficie. La metodología y la tecnología de excavación de finales del siglo pasado se nota en esta «memoria», en contraste con la aplicada en los otros dos castros, en épocas más recientes. El castro ya había llamado la atención por sus cerámicas de aspecto antiguo y fue objeto de viejas excavaciones en algunos sectores, conocido como la «ciudad de Barbantes». Afortunadamente, la actuación de Terra Arqueos se realizó sobre una amplia área intacta que proporcionó información realmente relevante para el objetivo de este libro. Sobre más de 8 ha, el poblado demostró una dilatada ocupación, desde la Edad del Bronce Final al Bajo Imperio. En la campaña de 1997 se excavaron más de 1400 m², proporcionando una información única en el panorama arqueológico del noroeste peninsular: un poblado de gran extensión, definido por un cerro destacado en cuya cima, una muralla monumental cierra un área de 0,4 ha de extensión. Aunque la autora ha hecho un importante esfuerzo en la «modernización» de la información obtenida, y su aparato gráfico, se observa claramente cierta confusión en la identificación de la localización de las estructuras estratigráficas, incluida la dificultad en reconocer sus coordenadas, limitaciones que se intentan paliar con árboles Harris que son muy de agradecer. Los resultados más interesantes se lograron en el recinto o acrópolis superior, donde se identificaron hasta 4 niveles de ocupación gracias, entre otros medios, a numerosas tomas radiocarbónicas, porque la diferenciación de estratos horizontales es a menudo verdaderamente complicada. Así se comprobó la ocupación de este espacio desde el siglo V hasta mediados del I a. C. como un espacio con un uso especializado y único, aglutinando estructuras dedicadas al almacenamiento de contenedores cerámicos, repletos de cereales y leguminosas. Bajo estos, un nivel estratigráfico que corre sobre una zona allanada de este recinto demostró haber servido de cimentación de la muralla y aportó cerámicas del Bronce final, datación confirmada por las muestras de Carbono 14 tomadas entre ellas, reafirmando el inicio de la ocupación del poblado a partir del siglo IX a. C. Una serie de bronceos de una calidad excepcional, como un hacha de cubo o

una fibula de codo ratifican estas cronologías y abren las puertas a las interpretaciones que defienden la conexión de estos «protocastros» en redes de intercambio de larga distancia. En esta fase pudieran emplazarse una serie de piletas interconectadas por canales que fueron talladas en el substrato lítico, de difícil interpretación. Igualmente, en sus cercanías, un gran afloramiento rocoso destaca sobre el punto más alto de la acrópolis, con escalones tallados para alcanzar su cima. Pese a que la autora considera que pudo haber sido usado como atalaya, la identificación de tal roca como la peña onfálica del castro nos parece evidente y, como se verá posteriormente, es compartida por otros castros de la comarca, como lo es por una gran mayoría de asentamientos celtas de importancia en España y en Europa en general (v.e. Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011: 148-151, 236). El Chao Samartín, por ejemplo, es otro caso notorio de presencia de una peña sacra en su recinto superior, respetada durante toda la intensa ocupación del poblado y, nuestro Castrejón de Capote también, por no citar otros muchos.

El área de almacenes, bien fechado a lo largo de la Segunda Edad del Hierro, es interpretado por Yolanda Álvarez como un espacio de uso comunal, en el que cada familia guardaría sus excedentes alimentarios en una cuarentena de vasijas globulares, de tamaños diversos, que se hallaron ordenadas en un sector cercano a la entrada y repletas de cereales y leguminosas, mezclados sin orden aparente. La autora, a juzgar por la abundancia de fragmentos cerámicos hallados en el recinto, no duda en considerar que casi todo el recinto debía estar ocupado por estos almacenes «familiares» (p. 43). La excavación demostró el uso de este recinto con tal función hasta mediados del siglo II a. C., cuando el hábitat de poblado se fue expandiendo ladera abajo. Aunque se presenta un buen estudio de estas vasijas cerámicas, de formas muy homogéneas pero diferentes tamaños, no se aborda un intento de sistematización, justificándose en que «el análisis de capacidades no ofreció resultados positivos» (p. 95), aunque a continuación se afirma que cada contenedor cerámico albergaría «el sustento anual de una familia nuclear», de 125 a 200 kg por persona y año, afirmación que precisaría de una información probativa que no se recoge en la monografía. Esta carencia se manifiesta, también, en la visión sintética con que aborda el estudio de todos los materiales de esta fase

del poblado, de la siguiente que le sigue, dedicando a su presentación y estudio poco más de quince páginas en total, lo que me parece del todo insuficiente dada la riqueza que los excelentes dibujos de José Manuel Acebo Suárez ponen de manifiesto.

Igual acontece en el capítulo III, dedicado al cercano castro de Montiño de Ourantes, otras quince páginas en gran parte ocupadas por la documentación gráfica de sus materiales. Como esta es de una calidad excelente, se echa en falta un desarrollo mayor de su estudio, así como una mejor definición de las unidades estratigráficas que los contenían, especialmente en orden de comprobar las conclusiones que la autora del libro plantea: un poblado de unas 2 ha delimitado por dos o tres líneas de murallas y con una vida contemporánea al de Laias, lo que puede sorprender dada la cercanía entre ambos (aprox. 2,5 km en línea de aire). Estas comprobaciones, junto con la incuestionable menor magnitud de este asentamiento, servirá a la autora para defender una interpretación conjunta de ambos que, como se verá, no pasa por suponer alguna subordinación de Ourantes frente a Laias, como se podría deducir con facilidad de las diferencias en tamaño de sus estructuras y, en abundancia y calidad, de sus materiales. Porque el registro material de Montiño de Ourantes se conforma de una buena cantidad de vasijas ordinarias, de cocina, de formas variadas, aunque en las figuras abunda una riquísima gama de decoraciones estampilladas, incisas y acanaladas (figs. 3.7-3.15) que, supongo, será el elenco total de las producciones decoradas.

Este reducido estudio, aunque excelente, no alcanza el nivel previo en sus conclusiones: queriendo usar los registros de ambos castros para defender las hipótesis interpretativas propuestas por Sastre y renovadas por Currás, Yolanda Álvarez acude a una visión igualitarista entre ambos castros de la Segunda Edad del Hierro, suponiendo que Ourantes, por su menor tamaño, surgiría de una escisión de Laias y que ambos convivirían de espaldas el uno del otro, como deducen de que los dos están orientados hacia paisajes diferentes de sus entornos. La interpretación es tan débil como manifiesta este mismo argumento: por los mismos indicios, la diferencia de tamaño, de riqueza material y de orientación en su dominio visual, se puede deducir que Ourante puede ser un

asentamiento complementario a Laias —precisamente por la necesidad de controlar un entorno no visible desde este—, supeditado a él. Pero, claro está, esto no se concibe en la visión igualitarista de los castros prerromanos que preconizan estos autores.

El cuarto capítulo, el más extenso, se centra en el yacimiento más conocido de los tres y uno de los más y mejor excavados de Galicia: San Cibrán de Lás. Objeto de excavaciones «esporádicas» a lo largo de casi todo el siglo XX, la Xunta invirtió grandes sumas de dinero y medios desde finales de los años ochenta, pasando por diferentes direcciones hasta recabar en Terra Arqueos a inicios de este milenio. Desde entonces, las campañas de excavaciones sistemáticas se sucedieron con cierta regularidad hasta 2010, año tras el cual solo fue intervenido en 2016 de manera puntual con el objetivo de aclarar ausencias estratigráficas y cronológicas.

Hasta entonces, el poblado era definido por una importante ocupación de finales de la Edad del Hierro e inicios del período romano, entre mediados del siglo I a. C. y mediados del II, con una extensión inusual en Galicia, más de 7 ha, en la Edad del Hierro —pero no en este período de transición, donde posiblemente sería superado por el cercano castro de Laias—. Su elección, como centro cabecera de la Red Gallega de Patrimonio Arqueológico (RGPA), permitió la realización de una serie de excavaciones en extensión por parte de Terra Arqueos, que han abarcado una superficie de más de 14000 m², una extensión excepcional en el Noroeste, aunque las actuaciones han venido en cierta medida condicionadas, creo, por las imposiciones de museográficas de los itinerarios que se han trazado para abrir el yacimiento a las visitas públicas. Aún así, mi experiencia es que se trata de una experiencia única, que ningún interesado por el mundo castreño debería perderse.

Las siguientes cien páginas se dedican a resumir la memoria de estas excavaciones, fundamentalmente realizadas a lo largo de algunas de las vías principales del recinto exterior, amplio, que rodea totalmente la «croa», o acrópolis central, además de estudiar a fondo la planimetría del poblado, con aplicaciones ortográficas, LiDAR y demás tecnologías que permiten alcanzar conclusiones hasta hace poco muy costosas o impensables. Una de estas es la interpretación de que el poblado, tal como lo vemos en la actualidad, fue construido

según una planimetría preconcebida. Esta propuesta, que me parece suficientemente razonada y sólida, se basa en deducciones fácilmente constatables del trazado de sus calles y, en ella, la autora aclara con acierto, que esta «preconcepción» no debe entenderse con los parámetros del urbanismo. Sin embargo, tal constatación es la razón del porqué el estudio se presenta al revés de cómo sería metodológicamente correcto: en vez de partir del dato concreto, las unidades estratigráficas y sus materiales, para elevar unas conclusiones generales se parte de la aceptación de este plan preconcebido de ordenación (urbanización) del espacio para dar paso a una batería de dataciones radiocarbónicas que permiten explicar las unidades estratigráficas a partir de estas. Esto, sin duda, es consecuencia de la metodología instrumental derivada de una intervención de urgencias como fue su excavación y, aunque el procedimiento es cuestionable, sus conclusiones son sólidas y coherentes. Sin embargo, formalmente, sí se observan incongruencias que deberían haberse pulido. La autora se alinea totalmente con la tesis defendida por Brais Currás (2019), prefiriendo el término «gran castro» al de «*oppidum*» para estos poblados castreños de grandes dimensiones. Y sin embargo, la figura 4.14 —como otras cercanas— muestra un espléndido mapa de dispersión del poblamiento en cuya leyenda se identifican diferentes tipos de *oppida*, según sus tamaños... El tema no es baladí pues surge, en este momento, por el interés de la autora en dilucidar si estos grandes castros son consecuencia de una génesis indígena, antigua, o surgen entre finales del siglo II e inicios del siglo I a. C. como consecuencia de la llegada de Roma. San Cibrán, con sus dataciones radiocarbónicas, apoyaría esta segunda posibilidad, muy en consonancia con lo defendido por Currás, Sastre y otros investigadores de la escuela en la que se gesta la tesis. Pero de las 25 dataciones de ^{14}C se pueden extraer más conclusiones, algunas opuestas a esta deducción y firmada por la misma autora en publicaciones anteriores (p.e. en *CuPAUAM: Álvarez et alii*, 2017). En estos trabajos se valoran las dataciones del siglo IV y III a. C. procedentes de las primeras ocupaciones de la acrópolis que, ahora, justifican como consecuencia de la frecuentación del manantial sin que se relacionen con ninguna ocupación del poblado. Así, tras una breve revisión de la amplia bibliografía producida sobre el tema, especialmente la más reciente

como la recogida en el volumen *Alternative Iron Ages* (Currás y Sastre, eds., 2019) o la propia tesis de Currás (2019). En la página 136 la autora da prioridad a estas dataciones absolutas frente a las relativas procedentes de los materiales estratigráficos, una decisión que no está exenta de justificación pues soluciona numerosos problemas de indefinición derivados del «conservadurismo» que caracteriza gran parte del material arqueológico de la Edad del Hierro. También me parece loable la definición de la fase II del castro como consecuencia de una reforma del hábitat doméstico acontecida entre los años 44 a. C. y 18 d. C., rango que coincide con un fenómeno parecido que constatamos en Llagú (Berrocal-Rangel *et alii*, 2002: 318-319).

Se defiende también la singularidad de esta acrópolis, comparándola con la de Castromaior (Portomarín, Lugo) —que también excavó el mismo equipo en el que se integra Yolanda Álvarez— o la del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias), ambas claramente fechadas en los inicios de la Edad del Hierro. A diferencia de estas, la acrópolis de San Cibrán parece responder a los patrones comprobados en el Castrelín de San Juan de Paluezas (Borrenes, León) y en la Corona de Corporales, pero claro estos yacimientos solo fueron excavados parcialmente y sus interpretaciones no han pasado de hipótesis sin confirmar (*v.g.* que las acrópolis estaban generalmente vacías, o que la ordenación de las casas se establecía de acuerdo al trazado de las murallas...). Tampoco la corona de San Cibrán, con 9000 m² ha sido sondeada más que puntualmente, como se ve en la figura 4.113, para afirmar que existían grandes sectores sin edificar o que las construcciones que se detectan eran edificios de funciones singulares. Sí me convence, por la imagen de solidez y coherencia, la interpretación funcional de las diferentes unidades domésticas que se recoge, con una excelente combinación de planimetrías coloreadas y magníficos dibujos de Miguel Ángel López Marcos. Creo que este es uno de los capítulos mejor logrados de esta obra, por más que se repitan los argumentos sobre la fundación del castro, ya explicados en dos ocasiones anteriores. Evidentemente, se renuncia a la posibilidad de la existencia de un castro antes de la llegada de los romanos, aunque los testimonios y las dataciones de la acrópolis puedan apuntar lo contrario. Pero también es cierto que este testimonio, el propio de la Edad del Hierro, es

puntual y excepcional, y que con las construcciones — de función más que dudosa — halladas en este recinto, aparecieron las dos esculturas antropomorfas que se representan en la figura 4.115, que conociendo la ausencia de precedentes escultóricos en el mundo celta, confirman las fechas tardías que defiende la autora. Así que la interpretación propuesta es oportuna, ante el testimonio descrito. Afortunadamente, no podemos tomar este ejemplo de San Cibrán como reflejo de la totalidad de un fenómeno en el Noroeste y, en este sentido, los testimonios a favor del surgimiento de algunos de estos grandes castros antes de la llegada de Roma son cada día más numerosos. En ese sentido, la función ritual que se quiere ver en las edificaciones primigenias de la acrópolis, su interpretación como un espacio sagrado prerromano a modo de *nemeton*, redundante en un proceso bien conocido en ambientes hispanoceltas y galos prerromanos: la elección de un emplazamiento cultural «natural» para fundar un importante *oppidum*, entre los siglos III y II a. C., son los casos bien conocidos de Manching (Baviera, Alemania), Fesques (Seine-Maritime, Francia) o de Ulaca (Solosancho, Ávila) en la Meseta (Fernández-Götz, 2018: 134). La presencia de una peña onfálica, como centro neurálgico de esos cultos ancestrales, siempre ha sido destacada por Martín Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011: 148-151, 296) y en ese sentido, en la página 240 de esta monografía, se describe cómo en el punto más alto de la corona se documentó un afloramiento rocoso tallado, con peldaños y dos inscripciones, de manera que la identificación de esta roca umbilical prerromana parece más que clara, como su respeto y culto aún en época romana, consecuencia del cual cerca de ella se localizó una tercera inscripción dedicada a la diosa *Bandva*. Una cuarta, dedicada a IOVI, confirma aún más el carácter sacro que tuvo y mantendría el recinto superior del poblado.

Termina este interesante capítulo con una síntesis sobre los materiales exhumados que, a diferencia del detallado apartado dedicado a las construcciones, se antoja escasa, especialmente cuando se comprueba la calidad de las piezas halladas que no solo componen un amplio conjunto de cerámicas, e útiles líticos y metálicos, sino elementos escultóricos y arquitectónicos excepcionales como el fragmento de ventana con trisquel pintado en rojo que se representa en la figura 4.101.

El quinto capítulo es una generosa síntesis en forma de «Conclusiones» que es muy de agradecer, pues son una cincuentena de páginas sin desperdicio alguno. Se afrontan así el estudio de los recursos vitales de los tres castros, capitalizados específicamente por la explotación minera del oro pero sin obviar la importancia del sector agropecuario, y se afronta con una visión diacrónica, pasando del Bronce Final de castro das Laias, al Hierro Antiguo del castro de San Trocado y al Hierro final de San Cebrián. Y, aunque la autora reconoce en su página 260 que «faltan muchos datos para poder explicar a partir del registro material las relaciones sociales y la economía de estas comunidades y el porqué de sus relaciones locacionales, pero desde luego no es descartable que la obtención de recursos minerales y la llegada de materiales foráneos sean piezas importantes». En una muestra de ontología, sus interpretaciones se inclinan hacia las defendidas por Inés Sastre y Brais Currás, entre otros. Para ello, los castros son poblados paradigmáticos de sociedades igualitarias, sin signos de jerarquía alguna y cerrados sobre sí mismo, una visión que defienden con argumentos reversibles. Por ejemplo, la consideración de que la acumulación de vasijas repletas de cereales y leguminosas hallada en la acrópolis de Laias respondía a la mejor conservación de estos alimentos por estar a mayor altura (¿?) y, por tanto, sería un espacio de almacenamiento doméstico colectivo, pero... ¿por qué no considerar que son excedentes de alimentos destinados a su distribución en la forma de comercialización primaria? ¿quién guarda los alimentos familiares alejados de las casas y protegidos por una muralla monumental? Las respuestas a estas preguntas me llevan a alejarme de esta línea interpretativa y aproximarme más a las visiones menos extremas, propuestas por González Ruibal, Ayán o Armada Pita.

En ese sentido, estas interpretaciones son mucho más acorde a lo que el registro estratigráfico va demostrando en los castros del Noroeste. Apoyar, como hace la autora, un cambio tan radical en la sociedad castreña que se ve condicionada por la imposición romana debería tener un reflejo en las estratigrafías, en la forma de niveles de incendio y destrucción generalizado, pues lógicamente tal imposición no pudo ser «pacífica», como tantos ejemplos contemporáneos nos demuestran entre las poblaciones

descolonizadas subsaharianas. Solo Terroso, según propuso Armando Da Silva, La Ercina y el castro de Llagú han ofrecido dichos niveles de incendio, que sepamos, y no parece que fueran dramáticos para la continuidad del hábitat de estos poblados.

Más allá de estas consideraciones, el estudio final que se ofrece a partir del registro de San Cibrán es un ensayo tan interesante como loable. Su enfoque generalista y el tratamiento de la información son una de las aportaciones más valiosas de esta obra, desarrollando una interpretación dual que dé respuesta a los numerosos interrogantes sobre la génesis de estos grandes castros y el cuestionable uso del término «*oppidum*» para identificarlos. Se acude a argumentos sólidos y bien desarrollados, con paralelos en la Meseta y el resto del Occidente peninsular, aunque de nuevo se leen ciertos testimonios en un único sentido, cuando se pueden interpretar en el contrario. Es el caso del acto recogido en el llamado bronce de Alcántara (Cáceres), una *deditio* que la autora interpreta como la confirmación del dominio romano que sobre la comarca extremeña se ejercía en el 104 a. C. Pero, precisamente, este acto demuestra el escaso control romano, por cuanto obliga más a la parte controladora que a la controlada, imponiendo cláusulas de salvaguarda de los intereses indígenas que, en caso de haber existido un dominio efectivo, no habrían tenido razón alguna de existir.

La gran debilidad de estas conclusiones estriba en que se escribieron con una concepción inicial ya establecida, la de confirmar la hipótesis igualitarista de la sociedad castreña de la Edad del Hierro. Y dicho condicionante, en mi opinión, se incrementa por cuanto muchos de los datos que se utilizan para ello son literalmente «reversibles» en su interpretación. En algunas de sus páginas (p.e. en la 287), la misma autora deja entender que ella misma comparte tal apreciación. Fuera de esto, la obra de Yolanda Álvarez es más que interesante, está muy bien escrita y, sobre todo, aporta un gran caudal de datos combinando tres importantes excavaciones. Sin duda, a mi entender, supone un antes y un después en la investigación arqueológica de la Edad del Hierro y los inicios del dominio romano en Galicia.

Bibliografía

- Almagro-Gorbea, M. y Lorrio Alvarado, A.J. (2011): *Teutates: el héroe fundador y el culto heroico al antepasado en Hispania y en la Keltiké*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 36. Real Academia de la Historia. Madrid.
- Álvarez, Y., López, L., Fernández-Götz, M. y García Quintela, M. (2017): "El *oppidum* de San Cibrán de Las y el papel de la religión en los procesos de centralización de la Edad del Hierro." *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 43: 217-240.
- Berrocal-Rangel, L., P. Martínez Seco y C. Ruiz Triviño (2002): *El Castiellu de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 13. Real Academia de la Historia. Madrid.
- Currás, B.X. (2019): *Las sociedades de los castros de la Edad del Hierro y la dominación de Roma. Estudio del Paisaje del Baixo Miño*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XXXV. CSIC. Madrid.
- Currás, B. y Sastre, I. (2019): *Alternative Iron Ages. Social Theory From Archaeological Analysis*. Routledge. London.
- Fernández-Götz, M. (2018): "Urbanization in Iron Age Europe: trajectories, patterns, and social dynamics." *Journal of Archaeological Research*, 26: 117-162.
- Fernández-Posse, M. D. y Sánchez-Palencia, F. J. (1998): "Las comunidades campesinas en la cultura castreña." *Trabajos de prehistoria*, 55(2): 127-150.
- Orejas, A. (1996): *Estructura social y territorio. El impacto romano en la cuenca nordoccidental del Duero*. Anejos de AEspA, 15. Madrid.
- Sastre, I. (2002): "Forms of social inequality in the Castro Culture of north-west Iberia." *European Journal of Archaeology*, 5 (2): 213-248.

LUIS BERROCAL-RANGEL
Departamento de Prehistoria y Arqueología
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Autónoma de Madrid
luis.berrocal@uam.es